

CARLOS MONSIVÁIS. *Yo te bendigo, vida. Amado Nervo: crónica de vida y obra*. México: Gobierno del Estado de Nayarit, 2002.

Se ha vuelto lugar común señalar la polémica recepción de la obra de Amado Nervo a lo largo del siglo xx. Mientras el lector no especializado (la mayoría) prolonga la devoción que disfrutó en vida el autor de *La amada inmóvil*, la elite cultural se divide entre el rescate filológico y el desdén. Con todo, la gran cantidad de ediciones de divulgación dedicadas hasta la fecha a la poesía nerviana (sin mencionar su presencia constante en la memoria colectiva) demuestra cuán ajenos se hallan los consumidores de dichos textos de los debates especializados. Entonces, ¿en qué sentido puede apelarse al rescate aquí? No es este el lugar para delimitar las funciones de la investigación literaria y sus relaciones con la sociedad, pero consentimos en los beneficios aportados por los abordajes analíticos a la producción de un escritor tan popular, por la divulgación de géneros no tan socorridos por el público (cuento, crónica), y por la edición crítica de sus escritos. Todo ello representa una labor en proceso cuyo resultado quizás provocará un reajuste en nuestros juicios (al modo descrito por T. S. Eliot) sobre la tradición literaria de Hispanoamérica, sus relaciones internas y con las nuevas generaciones, revisión con repercusiones en la comunidad lectora aún por calificar.

Como muestra de dicha labor de revalorización, recientemente Carlos Monsiváis aportó con su ensayo *Yo te bendigo, vida. Amado Nervo: crónica de vida y obra* (2002) un valioso acercamiento crítico al trabajo artístico y la personalidad del poeta nayarita. El texto es heredero de estudios de conjunto como *Figura, amor y muerte de Amado Nervo* de Bernardo Ortiz de Montellano (1943), y el ya clásico *Genio y figura de Amado Nervo* (1968) de Manuel Durán. También podemos situar el libro de Monsiváis en el contexto de publicaciones nervianas aparecidas durante la última década como *Juana de Asbaje*, en las ediciones de Aureliano Tapia Méndez (1995) y Antonio Alatorre (1995); *Algunas narraciones* (1999), con prólogo de Óscar Mata; *El castillo de lo inconsciente. Antología de literatura fantástica* (2000), reunida y presentada por José Ricardo Chaves; *Antología poética* (2001), preparada por Juan Domingo Argüelles; *En voz baja. La amada inmóvil* (2002), edición crítica de José María Martínez; y *Ecos de una arpa y otros textos inéditos* (2003), editado por Gustavo Jiménez Aguirre y Eliff Lara. Debemos añadir los artículos que han aparecido en los últimos años sobre el tema en diversas publicaciones, así como los materiales impresos y en formato electrónico preparados por el proyecto *Amado Nervo: lectura de una obra en el tiempo*, que se desarrolla en el Instituto de Investigaciones Filológicas.

En la “Nota preliminar” a su libro, Monsiváis establece sus intenciones: presentarle al lector “una crónica y una mínima antología”. Más que un estudio exhaustivo, *Yo te bendigo vida* ofrece un recorrido perspicaz no sólo por la vida y los textos de Nervo, sino por los escenarios sociales, ideológicos y estéticos donde el poeta nutrió y desdobló su sensibilidad. Así, en el primer capítulo Monsiváis logra acercarnos a la vida cotidiana de la provincia mexicana de la segunda mitad del siglo XIX desde la experiencia particular del niño Amado y su natal Tepic. Con habilidad interpreta gestos y costumbres recordados por el Nervo maduro en su prosa periodística y algunos de sus versos, con lo cual descubre en su origen una de las claves de la poética nerviana: la inocencia elevada a “virtud cardinal” (12).

En el segundo capítulo el ensayista se aproxima al contexto histórico y cultural de la vida de Nervo en Jacona y Zamora (1886-1892), poblaciones michoacanas marcadas en aquella época por el control mental de la ortodoxia religiosa. Con todo, la preparación escolar recibida en dicho ambiente le fue de gran utilidad al poeta nayarita tras su llegada a Mazatlán, donde inicia una labor periodística y literaria dominada por el descubrimiento del modernismo y las pretensiones sociales de aquel puerito. Siguiendo las investigaciones de Jiménez Aguirre, el libro aporta breves pero agudos comentarios que arrojan luz sobre un período de la obra nerviana (1892-1894) hasta hace poco desconocido por la crítica.

El autor de *El Bachiller* cambia en 1894 el limitado espacio provincial por la vigorosa metrópoli porfiriana. En los capítulos III y IV del ensayo se revisan las contradicciones del entusiasmo positivista reflejadas en la vida cotidiana de una ciudad de México interpretada por el ojo lírico de los cronistas modernistas, Nervo entre ellos. Se pone especial énfasis en las relaciones entre el autor y el lector, en un momento en que este último canoniza a aquél a través de diferentes mecanismos enumerados en el libro. Asimismo, se le dedican algunos párrafos a una actitud muy discutida de la obra y la personalidad de su biografiado: la sinceridad. Manuel Durán y José María Martínez detectan en los textos nervianos un juego entre realidad emotiva y pose literaria, debajo del cual, a mi juicio, Monsiváis desentraña una postura vital constante que constituye para el poeta “su recurso primero y último, su don escénico, su aporte vital y técnico, su método para situarse ante los conflictos” (32). Con todo, al revisar más adelante la obra lírica, el estudioso acepta la autenticidad relativa de los orientalismos explotados por Nervo.

Tras un examen muy sucinto de la trayectoria de la *Revista Moderna* (1898-1911), la “crónica de vida y obra” se detiene en su capítulo V para presentar un breve panorama de la poesía modernista de Hispanoaméri-

ca, enfocada en su vena religiosa. A diferencia del libro de Durán, el anterior acercamiento a la trayectoria artística y vital de Nervo, el presente volumen alterna las secciones biográficas con las de juicios literarios y contextos socioculturales, convirtiéndolo en un texto de lectura ágil. De tal manera, con una interpretación cercana a la de José Emilio Pacheco en su introducción a la *Antología del modernismo* y a la de Octavio Paz en *Los hijos del limo*, en el ensayo se marca el proceso de secularización de Occidente como el origen del carácter sagrado de la lírica modernista. Así, a ella “se le otorgan cualidades civilizatorias de primer orden” (43).

Monsiváis aborda la prosa periodística nerviana con acierto (crónica frente a crónica) al narrar en el capítulo VII las peripecias parisinas de su ‘personaje’ (1900-1902), contadas por él mismo en sus colaboraciones como corresponsal en la Ciudad Luz. En la sección siguiente, una de las mejores del libro, el ensayista afronta la estética modernista principalmente como “asunto de la cultura oral” (61). Estudioso asiduo de la cultura popular, vincula las innovaciones prosódicas y la maestría técnica de los exponentes de esa corriente con su enorme fama entre lectores u oyentes de diversos sectores sociales. Para el crítico, el modernismo no sólo fue un movimiento de liberación verbal, sino moral (e incluso sexual), a partir de un siglo XIX cuyas definiciones fueron, en su opinión, cuestionables.

En el capítulo VIII se comentan concisamente algunos puntos acerca de la labor diplomática de Nervo en Madrid (1905-1918, con interrupciones), sus opiniones políticas, la muerte de su amada Ana Cecilia luego de cerca de once años de relación (1901-1912), y sus últimos momentos de vida como ministro plenipotenciario en Argentina y Uruguay. El apartado siguiente, dedicado a la narrativa del autor estudiado, sorprende por su pobreza analítica. Centrado sólo en la habilidad del cuentista para lograr un “registro testimonial de la psicopatología que se considera a sí misma purificada” (83), Monsiváis revisa brevemente *Pascual Aguilera* y *El Bachiller*, pasando “a vuelo de pájaro” sobre *El donador de almas* y *La última guerra*. Si bien sus rápidas apreciaciones son correctas, y deslinda aciertos y deficiencias de la prosa imaginativa de Nervo, su examen no resiste la comparación con el rico y conciso estudio preliminar de José Ricardo Chaves a su antología *El castillo de lo inconsciente*.

Los capítulos X, XI y XII están dedicados a la lírica del autor de *La amada inmóvil* y a sus influencias. Siguiendo su propósito inicial de ofrecer un acercamiento más que una disquisición exhaustiva, comienza sus observaciones en los versos de la etapa michoacana, reunidos bajo el título de *Mañana del poeta* (1896-1892), período formativo de intensa religiosidad y asombro frente a la naturaleza, creación de Dios. Luego de

mencionar *Perlas Negras*, el primer poemario publicado por el escritor, se detiene en *Místicas*, uno y otro editados en 1898, y comenta sus cualidades: novedad formal, habilidad rítmica y “el vértigo que produce asomarse a las profundidades del alma” (95). A su juicio, apoyado en varias citas textuales, en ese volumen nace el Nervo que resultó tan atractivo para sus lectores, el hombre donde se conjugaron devoción y herejía, piedad y sensualidad. Estas opiniones, por demás atinadas, coinciden con las observaciones de Manuel Durán en su *Genio y figura...* Monsiváis también concuerda con el parecer generalizado de localizar el núcleo central de la poesía nerviana en una religiosidad que “es el punto de partida y es la meta” (99). Pero para el biógrafo ese fervor básicamente es cristiano, permitiendo como parte de su disciplina modernista la injerencia de elementos orientales y ocultistas, sin afectar grandemente la esencia ortodoxa de su pensamiento.

Sin continuar un examen cronológico de la poesía de Nervo (como lo hacen otros estudios), el ensayo propone considerar una serie de premisas ideológicas del período modernista para llevar a cabo una lectura adecuada de una obra hasta cierto punto, a su parecer, anacrónica. Quizás se debió hacer lo mismo al comentar los textos narrativos, criticados desde una concepción meramente moderna del cuento. También dilucida la actitud pedagógica y altruista (en su sentido más espiritual) adoptada gradualmente por el poeta, lo cual explicaría la reducción del nivel estético en sus últimos libros. En resumen, Monsiváis define así los principios rectores del pensamiento y la obra de su biografiado: “el poeta es un vidente y un eco de la trascendencia; el amor es la justificación de la vida porque debido a él arribamos a las experiencias culminantes; la religión es el trámite que concede la esperanza y anima las sensaciones de pertenencia” (93).

Las características físicas de la edición son notables. Financiado por el Gobierno de Nayarit, el libro fue impreso en formato grande (28 x 27 cms.), encuadrado en tela y con un fino diseño de interiores, cuyo papel es semejante al couché (*tweedweave*). Esto último permitió una gran calidad en la reproducción del valioso material gráfico (fotografías, grabados, pinturas) distribuido a lo largo del libro, en su mayor parte proporcionado por la colección de los herederos del poeta, la familia Padilla Nervo.

El libro de Monsiváis cumple con los propósitos definidos desde el principio: exponer un panorama general, inteligente y analítico, de una unidad inseparable formada por la existencia y los textos de un autor que constantemente identificaba el uno con los otros. Como ya señalamos, el ensayo no ofrece, en líneas generales, una postura original ni exhaustiva respecto a la obra de Nervo. Estudiosos como José Ricardo Chaves o

José María Martínez proponen, por el contrario, nuevas posibilidades de lectura enfocadas en la fantasía ocultista o la recepción femenina, respectivamente. Con todo, la agudeza y el prestigio de Monsiváis aportan un buen ensayo de divulgación que vincula con perspicacia la trayectoria de Amado Nervo con su contexto social y cultural.

ELIFF LARA ASTORGA

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM